

La Soledad y el Silencio en la persona completa: ¿Nueva emergencia pedagógica?

Autor:

Julio Tudela Cuenca

julio.tudela@ucv.es

Universidad Católica de Valencia

Resumen

Es la dimensión profunda de la persona, su espíritu, el que posee la verdadera capacidad de decisión libre, de búsqueda de la verdad y consecución de sentido en la propia existencia. Pero ciertamente esta dimensión trascendente necesita ser “informada” a través de las dimensiones sensible y psíquica, que proporcionan los estímulos imprescindibles para la representación de la realidad y la posterior interacción con ella. Y es aquí donde reside la intención de este trabajo: ¿Necesita el espíritu del estímulo constante? ¿Son las experiencias sensible, emotiva y aún intelectual las que conforman el sentido de la existencia? ¿O quizá junto al estímulo se hace necesaria también su ausencia, como impulsora del crecimiento espiritual?

Palabras clave:

Silencio, Soledad, Estímulo, Sentido, Espíritu

1.-Del mundo de los sentidos a la dimensión espiritual

La correcta antropología contempla a la persona en sus dimensiones física, psíquica y espiritual. Aunque configurando un todo, podemos diferenciar estos compartimentos que, íntimamente conectados, nos ayudan a entender al ser humano en su estructura: como ser biológico, emocional-afectivo y proyectado a la trascendencia, el auto concepto y la libertad.

Del equilibrio y la regulación mutua de sus dimensiones, dependerá la salud –entendida como concepto holístico- de la persona. Una deriva de la voluntad hacia lo exclusivamente sensible, genera un profundo desequilibrio en las dimensiones emocional y de sentido. Como ejemplo, cabe aquí el fenómeno adictivo como la sumisión esclavizante de la psique, la voluntad y la conciencia al imperio del estímulo sensible.

De igual modo la exacerbación de la emotividad, que puede llegar a someter lo físico y el propio espíritu, está en el origen de tantos trastornos de la conducta, pérdidas de libertad, parálisis para la relación y ausencia de sentido vital.

Es la dimensión profunda de la persona, su espíritu, el que posee la verdadera capacidad de decisión libre, de búsqueda de la verdad y consecución de sentido en la propia existencia. Pero ciertamente esta dimensión trascendente necesita ser “informada” a través de las dimensiones sensible y psíquica, que proporcionan los estímulos imprescindibles para la representación de la realidad y la posterior interacción con ella.

Seleccionar la variedad e intensidad de los estímulos de todo tipo, sensibles, emocionales, afectivos y aún los de naturaleza trascendente –el afán de superación o la búsqueda de perfección, como ejemplos- constituirá el objeto de la labor pedagógica que pretende contribuir al desarrollo íntegro del ser personal, equilibrado, orientado hacia el sentido y libre.

Y es aquí donde reside la intención de este trabajo: ¿Necesita el espíritu del estímulo constante? ¿Son las experiencias sensible, emotiva y aún intelectual las que conforman el sentido de la existencia? ¿O quizá junto al estímulo se hace necesaria también su ausencia, como impulsora del crecimiento espiritual?

2.-Estímulo y silencio: Dos etapas madurativas

2.1.-Silencio madurativo

Es propia de la madurez la capacidad de valorar la realidad de una forma equilibrada, no sometida a la pasión emocional y libre de la necesidad de gratificación inmediata, esto es, apta para el sufrimiento.

La consecución de este objetivo, alcanzar la madurez, necesita de un cierto distanciamiento de la realidad sensible. No es solo la incorporación de nueva información la que nos capacita para la decisión madura. Se hace imprescindible seleccionar y filtrar los estímulos, valorar las experiencias, interpretar el sentido de los acontecimientos para que el contenido sensible –de placer, dolor...- y emotivo -de alegría, tristeza...-, habiendo cumplido su función “informativa” deje espacio a la contemplación de su valor trascendente o de sentido: ¿Dónde está su verdad, como me aproximan hacia mi meta, qué demandan de mí...?

Esta labor requiere espacio y tiempo: el espacio de la soledad y el tiempo del silencio, donde mi espíritu puede leer, interpretar, esperar o mirar antes de decidir. Es el lugar donde cesa lo sensible y crece lo genuinamente humano: el espíritu.

2.2.- Silencio receptivo

No solo el desarrollo de la madurez requiere de las experiencias de silencio y soledad. De ellas depende también la capacidad receptiva. La dosificación del estímulo condicionará la necesaria sensibilidad para su captación. El exceso en los estímulos causa insensibilidad, tanto en el plano sensible –ruido y sordera-, emotivo –excesos en la búsqueda de placer e incapacidad para experimentarlo, como espiritual –afán de éxito y parálisis para la relación y donación personales-.

Por el contrario los periodos en que los estímulos cesan, abren el camino al crecimiento de la sensibilidad: para la escucha, para la contemplación del otro, para la percepción de los detalles del simple discurrir de la existencia.

El silencio traerá al sonido posterior con más matices, nitidez y riqueza. La ausencia de palabra preparará para la escucha cuando ésta se presente. La ausencia del otro abrirá el lugar necesario en el espíritu para que sea acogido con toda su riqueza cuando aparezca...

2.3.- Silencio expresivo

Pero, paradójicamente, constituye el silencio también, un poderoso elemento en la comunicación. El silencio propio valora la expresión del otro. Subraya su dignidad, que lo hace merecedor de ser escuchado. Realza la importancia del existir personal, de lo que soy, de lo que eres, por encima de lo que digo o dices. Acompañar en silencio, ¿no puede constituir una preciosa manifestación de donación y comunicación personal? Y ¿No es una forma sublime de amar guardar silencio ante la ofensa injusta? Enseñar el poder comunicativo del silencio conduce a la persona a profundizar en las relaciones humanas. Yo soy. El otro es. Yo estoy con el otro. Estamos en silencio. No toda experiencia espiritual es expresable mediante la palabra. A veces solo la presencia de mi persona silenciosa puede hablar del sentido profundo de mi existencia.

2.4.-Silencio creativo

De la receptividad personal frente al estímulo y la capacidad de interpretarlo dependerá mi respuesta creativa. Creativa porque es personal, debe ser libre, y puede construir algo nuevo. Pero, ¿es posible dar esta respuesta sin la pausa que proporciona el silencio tras el estímulo? ¿Es posible generar una nueva actitud personal que nazca de una experiencia, de una palabra o de un gesto vividos, sin que hayan sido madurados en el silencio de mi espíritu? El silencio constituye el espacio para la decisión libre, para la actividad del espíritu, para el alumbramiento de la voluntad de avanzar. Es el tiempo para la escucha interior: ¿Quién soy frente a este acontecimiento? ¿Hacia dónde voy tras esta experiencia? Parece, pues, que silencio y libertad andan de la mano en la existencia personal.

3.- Vocación de relación y necesidad de soledad

3.1.- Lo que soy, lo que muestro, lo que ven de mí

La persona es llamada a ser en relación. Se construye en relación con el otro. Proviene del Amor en una relación y es lanzada a amar en sus relaciones humanas. Mis actos me configuran como persona y también configuran al otro.

Pero el equilibrio personal en la relación exige la autenticidad. Conocer quién soy, qué es lo que doy en mi relación, qué es lo que espero.

Aquí surge el problema: ¿Conozco quién soy? ¿Soy la imagen que muestro a los otros? ¿o soy lo que los otros piensan de mí? ¿Cómo distinguir la verdad de mi persona, de la imagen que muestro o del concepto que los otros me muestran de mí mismo?

3.2.- Soledad y autoconocimiento

La inercia permanente hacia la extroversión, tensa la propia existencia en función de la respuesta del otro: Quizá busco ser amado expresando lo que el otro espera de mí. Pretender conocer mi propia realidad mirando solo hacia la imagen que los otros me devuelven de mí mismo supone alejarme de la verdad de mi propia existencia.

Este es un rasgo típico del adolescente: La falta de definición que tiene de su propia persona le lanza a definirse según el concepto que los demás manifiestan de sí mismo. Tiende a sobrevalorar la importancia de la imagen que muestra, dado que es sobre ella sobre la que los demás lo definen como persona.

La experiencia de la soledad, brinda la oportunidad para el descubrimiento de mi propio yo, desnudo de la adaptación forzada a lo que los otros aprueban. La soledad devuelve la posibilidad de contemplar la imagen de mi persona con mayor nitidez, al igual que la superficie del agua agitada no nos permite contemplar el reflejo claro del cielo hasta que no cesa en su agitación y reposa quieta.

Más aún, sin la experiencia de soledad no existe capacidad de reconocer la propia frustración existencial, mis limitaciones, mis contradicciones. Necesito incorporarlas también a mi auto concepto para llegar a ser lo que soy realmente frente al otro. La soledad ayuda a salir de la distracción frente a mi propia realidad. Conocer la verdad de mí mismo, y ponerla en tensión hacia la Verdad a la que tiendo son ingredientes imprescindibles para el ejercicio de mi libertad.

3.3.- Soledad y encuentro trascendente

Pero hay algo más escondido tras la soledad. La soledad me brinda la oportunidad del encuentro con mi propia realidad, pero ¿daría sentido a mi existencia el simple descubrir mi yo con sus matices, si no es referido a otro encuentro que tiene que ver con mi realidad trascendente? Es en el espacio que ofrece la soledad donde nacen las preguntas y las respuestas primordiales: ¿Por qué existo? ¿De dónde vengo? ¿Hacia dónde se dirige mi existencia?

Cuando invito a mis alumnos universitarios a formularse esta pregunta muchos responden sorprendidos: “nunca me lo había planteado hasta ahora”. ¿Demasiado ruido quizás? ¿Demasiada gente? ¿Demasiada distracción?

Tantas veces la Revelación nos muestra el Desierto como el lugar de encuentro del Creador con la creatura. El desierto donde la sensibilidad se agudiza, el deseo crece y el ruido cesa.

3.4.- Soledad y esperanza

La experiencia de soledad acrece el deseo del encuentro. La persona, llamada a la relación, experimenta en la soledad la tensión hacia el encuentro. Esta espera llena de significado el encuentro posterior. Lo extrae fuera del terreno sensible, anticipando el encuentro en el deseo. Tantas veces la esperanza en el encuentro consuela tanto o más que el propio encuentro.

La Esperanza del hombre en el encuentro con el Creador constituye un poderoso motor para la existencia. La Esperanza en el misterio constituye un adelanto del encuentro con el amado. La soledad y la Esperanza se alimentan la una a la otra. La primera deja el espacio para el don de la segunda, y ésta dota de sentido la experiencia de soledad.

3.5.- Soledad y donación libre

Tras la experiencia del conocimiento de mí mismo, del encuentro con mi realidad trascendente, y del consuelo de la esperanza que adelanta al ahora la realidad que deseo, la soledad es la antesala del don de mi persona.

Si no soy lo que se espera que sea, ni lo que los otros dicen que soy, sino que soy yo mismo, puedo mostrarme y donarme con verdad al otro. Ciertamente no es posible esta donación sin la experiencia previa del don gratuito hacia mí. El consuelo experimentado en la experiencia de soledad y silencio, donde es posible el encuentro trascendente con quien me ama gratuitamente es la fuerza que me lanza al otro con la verdad de mí mismo, para amar como he sido amado.

4.-Madurez, introspección, reflexión

4.1.- El espacio interior

Resulta pues urgente la búsqueda de este espacio de conocimiento personal y trascendente que proporcionan las experiencias de soledad y silencio.

Este espacio interior que ha sido invadido tantas veces por extraños que nos expulsan fuera de nosotros mismos. Constituye una labor pedagógica de primer orden promover la defensa de este espacio en el que habitan la soledad y el silencio, promoviéndolos en la experiencia educativa con constancia.

Es muchas veces la propia labor educativa la que, de modo desafortunado, se empeña en saturar la capacidad receptiva del alumno, disipando la quietud que este debería encontrar para crecer en la madurez, el auto conocimiento y la visión trascendente de su existencia. El alumno no ha estado nunca consigo mismo porque no le hemos dejado tiempo...

4.2.- El examen de la conciencia

Son frecuentes los reproches que se escuchan hacia los jóvenes acerca de su incapacidad para reflexionar sobre sus decisiones y sus actos. ¡Hoy los jóvenes actúan de manera irreflexiva! ¡No aprenden de sus propios errores!

Esto es exactamente lo que tantas veces les hemos empujado a hacer. Adquirir conocimientos, obtener resultados, mejorar constantemente..., y el resto del tiempo, para divertirse... ¿Hemos dejado algún espacio para el reposo, la reflexión, la quietud y el silencio? ¿Alguien les ha mostrado la experiencia de la soledad como algo fascinante para el crecimiento personal?

4.3.- Las consecuencias de mis actos

Constituye un signo de madurez la capacidad de valorar las consecuencias de mis propios actos. Y de valentía. Tras la decisión y la acción libres la persona responsable necesita el espacio que le brinda la soledad para el análisis de su actitud. Aún tras el consejo o la corrección que pueden merecer mis decisiones, la reflexión necesaria para valorar qué es lo que he hecho reclaman el silencio y la soledad como espacios necesarios.

¿No es el ruido interior y la distracción constante los que tantas veces impiden volver sobre mis pasos y contemplarme en mis actitudes? La experiencia de soledad y la sensibilidad que proporciona, ayuda a respetar la delicadeza del otro, al que quizá he herido o ignorado con mis actos o mis omisiones.

4.4.- Cultivo de la responsabilidad

Ser capaz de examinarme, serenamente y sin distorsiones, de valorar las consecuencias de mis actos y de contemplar al otro al que he servido o destruido con ellos, es lo que construye la responsabilidad.

No nace pues la responsabilidad de la mayor o menor capacidad de servir a ciertos intereses utilitaristas, de rendir más y mejor, sino de poseer la suficiente sensibilidad para ver en los otros las consecuencias verdaderas de mis actos: Es el otro lo importante no el acto en sí. Esta sensibilidad solo se da en el espacio del silencio y en la reflexión en soledad.

5.- Gratificación y sentido: De la inmediatez a la esperanza

5.1.- Valor del estímulo y el placer

Constituye el estímulo el comienzo de todo movimiento. La actividad humana es una forma de reacción ante la llamada del estímulo exterior o interior que solicita una respuesta. La ausencia de estímulos, sobre todo en la edad temprana, provoca atrofia y déficits en el desarrollo de la persona en todas sus dimensiones. La riqueza y variedad de los estímulos constituyen una poderosa herramienta pedagógica para la correcta configuración del sistema nervioso y sus consecuencias sobre el equilibrio homeostático de la persona. Las consecuencias posteriores en la capacidad del aprendizaje son obvias.

Pero es preciso para construir una buena pedagogía en este sentido, dosificar estos estímulos en cantidad y calidad. No todo estímulo desencadena una respuesta constructiva. El desprecio o la violencia no dejan de ser estímulos que pueden llegar a herir íntimamente a la persona,

comprometiendo sus respuestas futuras tanto más cuanto más inmadura e indefensa sea la etapa de su desarrollo. De la calidad del estímulo dependerá la bondad de la respuesta que genera.

También la intensidad del estímulo o su cantidad van a condicionar la personalidad, su capacidad de respuesta y el carácter constructivo o destructivo de la misma. Si bien, como hemos dicho, su ausencia puede desencadenar graves carencias en el desarrollo, su exceso puede llegar a constituir el origen de muchas disfunciones de todo tipo, en el orden neurológico, psicológico y de alteración de la conducta.

De nuevo aparece necesaria para una correcta asimilación de la información suministrada por el estímulo, que éste cambie y cese temporalmente, para abrir el espacio al silencio y la soledad donde puede interiorizarse la experiencia e incorporarla al crecimiento del espíritu. Es el tiempo de la elección, la contemplación y la decisión serenas.

El placer constituye un poderoso estímulo interior. El placer constituye una herramienta al servicio de la vida. Orienta en la opción, subraya la necesidad y atrae hacia lo que puede necesitarse. Pero, biológicamente, ningún estímulo placentero constituye un fin en sí mismo. Siempre se encuentra subordinado hacia el logro de un beneficio de mayor entidad. El placer de comer, de saciar el hambre sirve al fin de mayor sentido que es la nutrición de las células del organismo. Del mismo modo, el placer sexual proyecta hacia la relación y asegura la transmisión de la vida.

Aprender a regular y orientar el poderoso estímulo interior que constituye el placer constituye una virtud –la templanza- imprescindible para la salud del espíritu y del cuerpo. El ejercitarse en el silencio y la soledad es parte del entrenamiento para lograrlo.

5.2.- De la gratificación al sentido

La tentación poderosa de convertir el placer en el fin de mis actos constituye, pues, un empobrecimiento biológico y antropológico. El fin noble al servicio del cual se haya el placer es eclipsado, abandonado; y el proyecto vital se acorta. El sentido existencial desaparece, el que me orienta en el para qué, el por dónde y el hacia dónde me dirijo en mi vida.

Si pierdo el sentido, solo me queda el consuelo fugaz y efímero del placer. Es aquí donde arrancan los procesos adictivos, como respuesta a la carencia de sentido.

Rescatar el verdadero sentido del placer, orientado siempre hacia el sentido es un objetivo pedagógico de primer orden, para cuya consecución aparecen de nuevo la soledad y el silencio, como paréntesis en la gratificación sensible que nos abre la perspectiva del sentido.

5.3.- La demora en la gratificación y la espera

Silenciar el estímulo, placentero o no, demorar el acto gratificante, preferir el logro que tarda más, pero cuyos efectos permanecen más tiempo, constituyen un hábito a adquirir. Sólo la repetición de actos de autocontrol en la demora de la gratificación, cuando un noble sentido justifica esta demora, practicada cuanto antes en el proceso educativo, creará las estructuras neurológicas y la fortaleza espiritual que permitan a la persona “parar y pensar” ante la solicitud del estímulo. Este “parar y pensar” que diferencia el acto racional del instintivo, o humano de animal, necesitan alimentarse en el silencio y la soledad, donde, cesado el estímulo exterior, el espíritu señorea y la voluntad puede decidir.

5.4.- La noche de los sentidos y el crecimiento interior

Pero la vocación del espíritu va más allá de poder decidir, resolver, elegir o descartar. El espíritu necesita trascenderse, está llamado a la eternidad, ansía superar la realidad que se marchita velozmente para conquistar lo que permanece. Este es el verdadero y definitivo crecimiento del espíritu del hombre, que ansía el encuentro definitivo con el Espíritu de su Creador.

Aquí, la “noche de los sentidos” –que describe intensamente San Juan de la Cruz- que constituye una verdadera noche oscura, es la antesala de una profunda experiencia espiritual de encuentro trascendente. De intensidad excepcional ciertamente, pero modelo, en alguna manera, del encuentro intenso que se produce cuando los sentidos callan, y la sensibilidad del espíritu habla.

6.- La patología del estímulo:

6.1.- El ruido interior

Dentro de lo que podemos llamar la patología del estímulo, distinguimos entre el estímulo interior y el exterior.

El ruido interior sería el estímulo desbocado, improductivo, insensibilizante, difícil de acallar, cuya consecuencia fundamental es eliminar la capacidad de escucha. El ruido interior suele nacer del ensimismamiento. Es decir vivir en mí y para mí. Solo existen mis pensamientos, mis actos, mis sensaciones, mis deseos. Sobrevalora la dimensión del yo y reduce a la nada al otro. El ruido interior paraliza para la relación, y, posteriormente, conduce al vacío sin sentido. Amar el silencio, también el interior, abre los ojos a la realidad que nos rodea y nos libera de nuestros propios pensamientos y obstinaciones. Además, nos hace capaces de recibir lo que el otro nos da. El ruido interior incapacita para el don. La soledad y el silencio rehabilitan al espíritu para acoger lo que se le da.

6.2.- Las relaciones virtuales, la pérdida de identidad.

Es ésta una de las puntas de lanza en la patología del estímulo. Primero por la calidad del mismo: El estímulo que proviene de una realidad virtual pierde su fiabilidad, es manipulable, no verificable, constituye un poderoso vehículo para la mentira y la simulación. Estoy hablando ahora del magnetismo de las comunicaciones, los móviles, internet, chats, redes sociales. Estímulos poco elaborados, fácilmente digeribles, que exigen poca actividad para su logro y comprensión, o sea, poco desarrollo de las facultades.

Pero no es solo la pobreza y falsedad que pueden llegar a albergar lo que los hace más peligrosos. Es su cantidad. Aquí sometemos a nuestro sistema nervioso a un aluvión de estímulos que sobrepasa la capacidad de asimilación. Una verdadera sobre estimulación que indefectiblemente provocará algún grado de insensibilidad en el receptor, como simple respuesta de defensa.

Además, fomenta este tipo de estímulo la búsqueda de la gratificación inmediata y constante, erradicando la espera, la capacidad de análisis, y su confrontación frente al sentido. Ya no tengo que esperar en silencio para hablar con alguien hasta que éste pueda. Ya no he de experimentar un tiempo de soledad hasta que pueda encontrarme con quien deseo. Ahora lo tengo ya. Cuando quiero. Inmediatamente. Sin tiempo para la reflexión, para el análisis

juicioso, para el examen de la conciencia, para la valoración de las consecuencias de mis actos, para la decisión libre...

6.3.- Sobre estimulación, Fobia a la soledad y al silencio, Insensibilidad.

Augusto Cury habla del Síndrome de Pensamiento Acelerado, como una nueva patología psiquiátrica, que aparece como consecuencia la sobredosis de estímulos fugaces y poco elaborados, que conducen a la persona a una incapacidad para la concentración y la perseverancia en cualquier trabajo, la llena de ansiedad, y la mantiene en una permanente distracción frente a la realidad, incapacitándola en muchos sentidos.

También las adicciones guardan relación con los procesos de sobre estimulación. Aparece aquí un nuevo Síndrome de abstinencia, por el cual la persona habituada al sobre estímulo y la gratificación inmediata experimenta pánico ante la soledad y el silencio, buscando constante refugio en el ruido (andar todo el día con auriculares) o la relación virtual (conectarse compulsivamente a la red para ver quien está al otro lado).

7.-Necesidad de una nueva pedagogía en el silencio y la soledad

7.1.- El espacio para la reflexión

El niño debería haber encontrado este espacio en su familia desde el nacimiento. Espacio donde nadie le exige resultados, donde puede “estar” y “ser él mismo”. Y contemplar en silencio la colorida realidad que suponen los otros.

También en la escuela el maestro debería crear este espacio: Acompañar a la reflexión silenciosa, invitar a la interrogación personal, lanzando preguntas que deben ser respondidas en el propio silencio, entrenar en la contemplación del otro, de lo otro, de la belleza, el arte, la música, la naturaleza...

También la belleza interior de cada alumno merece ser descubierta en un espacio de soledad, al que lo acompañamos bendiciéndolo, esto es, diciendo bien de él, de modo que no se vea obligado, por despreciarse a sí mismo, a evitar todo resquicio de soledad. Sentirse amado es la puerta hacia una experiencia de soledad y silencio constructivos.

7.2.- El valor del silencio en las relaciones humanas

Y sentirse amado es el comienzo del acto de amar. Ejercitada mi sensibilidad en el silencio y agudizada mi capacidad para contemplar en la experiencia de soledad, aparece una nueva capacidad: la de observar con los ojos del espíritu lo que reside en el espíritu del otro, más allá del estímulo sensible que recibo de él, el que percibo con mis sentidos.

Contemplar el espíritu del otro requiere más tiempo, y más silencio también. Hace necesario que cesen los ruidos, las emociones, los afectos, las pasiones, y las aguas se calmen para poder contemplar lo que en ellas se refleja.

7.3.- La soledad en la maduración de la afectividad

Los afectos, emociones que conducen a la relación, son la antesala de una realidad más profunda que es el amor. Al igual que el placer, que cumple su misión cuando traslada hacia el sentido, así los afectos cuando mueven a amar. Pero, como emociones que son, necesitan ser modulados, para que no se constituyan en un fin en sí mismo sino que se dirijan hacia la verdadera amistad. Aquí la soledad es un potente catalizador de la relación afectiva. Relativiza la emoción, sirviendo a la realidad espiritual que es la relación profunda con el otro.

Incorporar la experiencia de soledad y el silencio en las relaciones afectivas es una tarea de vital importancia para que las relaciones humanas sean maduras, libres del apasionamiento esclavizante.

7.4.- Educación para la escucha y la espera: Humildad y Dominio de sí.

Aprender a escuchar tiene mucho que ver con la humildad. La soberbia ensordece el espíritu. Un niño escucha. Tiene mucho que aprender, que conocer. Esta actitud del niño no debería desaparecer en la personalidad adulta. El silencio enseña y prepara la escucha. El silencio acrece la humildad.

La soledad entrena en la espera. Relativiza el estímulo placentero y lo sujeta. Ayuda a profundizar en la realidad espiritual. La persona educada para saborear los tiempos de soledad es más libre de sí misma. Puede dominar mejor el reclamo de la gratificación. Aprende a esperar. Valora el don.

Jesús necesitó de la soledad y el silencio para hablar con su Padre. Los santos y los sabios han alabado esta experiencia. Aún hoy, hombres y mujeres subrayan su importancia eligiendo un modo de vida presidido por el silencio y la soledad de los monasterios, como aviso para los caminantes que nos encontramos solicitados por tantas cosas que nos distraen de lo importante: La profundidad del sentido descansa en el espíritu de todo hombre, que, aquietado en soledad y enmudecido en el silencio, refleja nítida la imagen de su creador, como en el arroyo manso se refleja el cielo...

“Solo en el silencio el hombre logra escuchar en lo íntimo de la conciencia la voz de Dios, que verdaderamente le hace libre”

Juan Pablo II